

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL

Tesis Licenciatura en Trabajo Social

**Subjetividades desde la desafiliación social:
análisis del asentamiento Santa María Eugenia
(Baños de Carrasco)**

Angeles Viana Maturro
Tutora: Leticia Pérez

2015

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN _____	3
CAPÍTULO I- Tan- gente: Desafiliación social_____	6
CAPÍTULO II - Diseño de interiores: procesos de subjetivación_____	16
CAPÍTULO III- Materialidad y simbolismo...sumergido. Asentamiento Santa María Eugenia _____	24
CONSIDERACIONES FINALES – Frente a la corriente..._____	35
REFERENCIAS_____	37
ANEXOS _____	39

*Agradezco a cada uno de los que, a su modo, me impulsaron a abrir esta
nueva página de mi vida.*

A mi familia; a Juli y Fran, soles de mi existencia.

A Leticia, muchas gracias.

Introducción

Santa María Eugenia...

Una gran alfombra de amarillos lirios sobre verdes tonalidades, bordeada de árboles elegantemente erguidos al pie de aguas transparentes que emanan del arroyo, contempla las melodías de pájaros multicolores que sintonizan un paisaje de armónica belleza y vientos que inspiran libertad...

Tras los ojos de lugareños de Santa María Eugenia quedan grabadas románticas imágenes, recuerdos y aromas que ya no retornarán.

Resulta difícil viajar en el tiempo, 37 años atrás, para poder imaginar la hermosura natural que hubo en aquel lugar. 37 años de un reloj de arena sin reversa, los pobladores fueron descubriendo tierras privadas naturalmente seductoras donde poder trabajar y vivir.

Distante de olores y bullicios de la ciudad, luego de transitar 3 kms. por la calle Servando Gómez de pavimento a los pies de fábricas, empresas y clubes deportivos de Carrasco Norte, el pedregullo da la bienvenida al asentamiento Santa María Eugenia. Imágenes y olores grises le ganan a la insistencia de la fragancia de los Eucaliptos. Éstos, en compañía de casitas de chapa y madera, son testigos y cortejan a quienes pasan por la calle de pedregullo. Lentamente la tierra se reseca y se presenta en toda su extensión el Asentamiento. Sin reservas, se muestra expandido, sin organización y materialmente homogéneo. Como las nervaduras de una hoja, una senda sinuosa penetra el lugar y se bifurca en caminitos marcados por el tránsito del hombre. Senderos con destino a casas pequeñas, en su mayoría de chapa y madera, piso de tierra, sin ventanas ni baño, dispersas espacialmente entre escasos verdes naturales y los grises de la basura. Vientos amplios que soplan se combinan con los olores penetrantes de basurales y chanchos.

Los perros, flacos de piel dañada, se entremezclan entre niños descalzos que andan en la vuelta. Cada cual en su casa, sin miradas intimidatorias frente al extranjero. Gente que se muestra con trato cordial, en movimiento, trabajando y que se permite despedir el sol con un mate.

Hacia el fondo, el Bañado añorando silencios y fragancias que la naturaleza regalaba. Calmo, acompañado por yuyos, bolsas de nylon, abundantes residuos sólidos que atraen la existencia de ratas e insectos. No obstante, el bañado sigue teniendo un lugar primordial en la vida de muchos de los que allí viven. Como en la esencia de los primeros pobladores de Santa María Eugenia, continúa proveyendo la rica turba que luego es colocada, por algunos pocos, en empresas aledañas al asentamiento así como en los jardines particulares de la zona sur de Carrasco. Carros tirados por caballos cargados de bolsas de tierra transitan, con destino cierto, por el pavimento de Servando Gómez.

Como una onda expansiva el asentamiento fue ocupándose por familias con relaciones de parentesco entre sí, vecinos de Paso Carrasco y gente de distintos y alejados barrios de Montevideo. A la extracción y venta de turba, materia prima inagotable por lo menos desde hace 37 años se le fueron sumando otras actividades proveedores del sustento económico para las familias; recolección y clasificación de residuos, la cría y venta de chanchos y la venta de madera. Prácticas realizadas fundamentalmente por hombres; mientras que las mujeres en sus hogares abocadas a las tareas del hogar, cuidado y crianza de sus hijos. Casi cuatro décadas en la que se repite la misma secuencia, cercano horizonte. La tranquilidad es uno de los aspectos que las vecinas y vecinos destacan de allí, “no hay autos, los niños pueden jugar, correr al aire libre”, no más ni menos que eso. Poco trascienden la intranquilidad que las condiciones materiales y simbólicas de vida cala en cada uno y en todos ellos. Terrenos inundables, contaminados, casas húmedas, sin baño, sin agua potable, con precaria y peligrosa instalación eléctrica, basura, ratas, moscas, parasitosis crónica en los niños, son parte de la realidad naturalizada que se les presenta día a día. No hay una plaza o espacio de esparcimiento generador de encuentro y enriquecedor intercambio. Cada cual en la suya, cada uno en su casa.

Treinta cuadras no son las que distan de los ritmos y contenidos de la ciudad, son muchas más. Lejanía geográfica y simbólica. Distantes de servicios, de visualizar sus derechos, pobreza en la comprensión de diálogos corrientes, de poder imaginar, de trascender la inmediatez de su realidad.

Horizonte cercano, concreto y naturalizado para la gente de allí, que se repliega y resguarda en la “seguridad” que les brinda lo conocido y cotidiano de su entorno.

¿Cómo es posible que estén apartados y relegados?, ¿cómo se permite que la gente viva o “sobreviva” en esas condiciones? ¿Por qué prima la comodidad de la invisibilidad ante la acción transformadora de esa realidad?

¿Cómo poder ampliar, enriquecer su horizonte, que accedan a las mismas oportunidades que otros?, ¿cómo romper con la brecha existente entre esos “dos mundos” y amalgamarlos a las posibilidades de todos?

La presente monografía de grado intenta encontrar algunas pistas a estas interrogantes y descubrir los desafíos que el Trabajador Social tiene para colaborar y aportar en la transformación de esa realidad.

Se trata de un estudio exploratorio, cuya metodología utilizada ha sido la reflexión teórica a partir de la investigación bibliográfica enriquecida por insumos obtenidos de la propia experiencia laboral en este asentamiento en particular como en otros ubicados en otra zona distinta de la ciudad de Montevideo.

El trabajo está organizado en tres capítulos. El primero aborda el concepto de desafiliación social realizando una reseña histórica del proceso de precarización del trabajo y sus repercusiones en el diseño de la sociedad contemporánea.

El segundo capítulo trata del proceso que opera en la configuración de subjetividades de los individuos privilegiando el campo de la vida cotidiana como escenario fundamental de constitución, producción y desarrollo del ser social; realizando, asimismo, una distinción entre la concepción de individuos de acuerdo a sus soportes.

En el tercer capítulo se intenta analizar y reflexionar sobre la configuración de las subjetividades de los habitantes de Santa María Eugenia desde sus condiciones materiales y simbólicas de existencia.

Para finalizar, a modo de consideraciones finales, se pretende descubrir y aportar a la reflexión sobre los nuevos desafíos que afronta el Trabajo Social.

Capítulo I

Tan- gente: desafiliación social

“...individuos ubicados como en situación de flotación en la estructura social, que pueblan sus intersticios sin encontrar allí un lugar asignado. Siluetas inseguras, en los márgenes del trabajo y en los límites de las formas de intercambio socialmente consagradas: personas con desempleo prolongado, habitantes de los arrabales desheredados, beneficiarios del salario mínimo de inserción, víctimas de las reconversiones industriales, jóvenes en busca de empleo que se pasean de pasantía en pasantía, ocupados en pequeñas tareas provisionales... ¿Quiénes son, de dónde vienen, cómo han llegado a esto, en qué se convertirán?”
(Castel, 1997)

En los últimos 40 años la sociedad ha transitado por una serie de transformaciones, en particular en el mundo del trabajo. Cambios que han movilizado y desestabilizado la transitoriedad de lo estable de una sociedad, reasignado ubicaciones sociales y dinamizado su creatividad para recomponerse ante nuevos desafíos en la búsqueda de cohesión social, de generar una sociedad promotora y generadora de relaciones y vínculos de interdependencia.

Una mirada histórica sobre algunos aspectos del proceso de transformación en el mundo del trabajo, en los procesos de producción del capital y en sus repercusiones en la clase que vive de su trabajo, permitirán ver las consecuencias o efectos en la sociedad de hoy. En este sentido Castel plantea que el presente no es sólo lo contemporáneo es también un efecto de herencia, y la memoria de esta herencia nos es necesaria para comprender y obrar hoy en día. Asimismo para intentar comprender lo que sucede en nuestro país en particular es necesario ampliar la mirada, trascender fronteras y ver qué ha sucedido y sucede en el mundo; pues no somos excepción sino expresión, parte del resto y de un todo.

Eric Hobsbawm (Baráibar, 2004) identifica tres grandes momentos en la historia de lo que él llama el “siglo XX corto” (entre 1914 y 1991). El primero – la época de catástrofes- lo ubica entre 1914 hasta el fin de la segunda guerra mundial. A partir de ésta y hasta 1973 ubica la época de oro y finalmente los últimos decenios que siguieron a la época de oro se constituyeron en una nueva era de derrumbe, incertidumbre y crisis.

El brillo del período de oro estuvo dado por una consolidación de la condición salarial y los Estados de Bienestar (situación del pleno empleo acompañada por derechos y garantías), grandes avances tecnológicos y una revolución cultural. El Estado capitalista ejercía el papel regulador de la economía y de la sociedad y era la principal fuente de provisión y de financiamiento del bienestar social. El acceso al trabajo no sólo garantizaba un salario, sino también una serie de prestaciones sociales orientadas a la satisfacción de las necesidades básicas de los trabajadores y sus familias. (Baráibar, 2004) Gradualmente la marquesina fue perdiendo su luz dejando en su reflejo huellas de un proceso de exclusión social que se instalaba y comenzaba a hacerse cada vez más visible.

Entre fines de los años setenta y principios de los ochenta surge el concepto de exclusión social asociado a las distintas formas de discriminación social y a los procesos ocurridos como consecuencia de los cambios en el mundo del trabajo (Baráibar, 2004).

Cuatro son los aspectos que Antunes (2000) aporta para resumir el desarrollo de la crisis contemporánea:

a) se da una fuerte crisis estructural del capital en un conjunto de economías capitalistas a principios de la década de los años 70, con un efecto depresivo profundo -que acentuó sus trazos destructivos en el mundo del trabajo;

b) fuerte disminución de los derechos y logros sociales de los trabajadores con el fin del llamado “bloque socialista”;

c) gran crisis de la social democracia quedando subordinada a la orden del capital;

d) fuerte expansión del proyecto económico, social y político neoliberal, lo cual trae consigo una restructuración productiva, una privatización acelerada, reducción del tamaño del Estado, políticas fiscales y monetarias, todo en sintonía con los organismos mundiales de hegemonía del capital como el Fondo Monetario Internacional (Antunes, 2000).

La integración por el trabajo se configura como el principal vínculo de inserción en la sociedad moderna, por lo que sus transformaciones -en los procesos de producción como en las formas del vínculo con el trabajo- tienen manifestaciones en el proceso de exclusión social.

La producción comienza a estar muy ligada a la demanda, la que es muy variada y heterogénea. Allí el trabajador se desdibuja ante las exigencias del trabajo brindándose en forma individual, con un carácter polifuncional hacia la tarea (disponible para las fluctuaciones de la demanda) la que debe cumplir con eficiencia y eficacia, optimizando el tiempo de producción (“just in time”). Asimismo la fábrica comienza un proceso de tercerización de su producción, en donde transfiere a terceros gran parte de lo que anteriormente era producido dentro de la misma.

Esta forma de producción flexibilizada busca la adhesión de los trabajadores al proyecto (...) de las empresas, (...) que es aquel deseado y concebido según los fundamentos exclusivos del capital. El obrero debe pensar y hacer para el capital, lo cual profundiza la subordinación del trabajo al capital. (Antunes, 2000).

El arquetipo de modelo es el “hombre económico” el cual maximizando su beneficio personal automáticamente beneficia al conjunto social (Baráibar, 2004).

El camino de la empresa hacia la eficacia y la competitividad supone la descalificación de los menos aptos (Castel, 1997). Aparece una importante reducción del empleo, un desempleo masivo, y un sistema de producción flexible, aparece una red de proveedores, una informalización del trabajo, subcontratistas, trabajo independiente, relaciones directas empleador-empleado en detrimento de negociaciones colectivas. Se generan ocupaciones en situaciones de gran dependencia e inseguridad que no reconocen beneficios sociales (Baráibar, 2004). Comienzan a consolidarse las brechas salariales, polarizaciones de la estructura social y espacial. Se reduce asimismo el papel del Estado; se redefine el alcance y contenidos de las políticas públicas; se remite a proteger los intereses privados sin interferir en el mercado (Baráibar, 2004).

La precarización de las situaciones de trabajo gana terreno. El contrato laboral por tiempo indeterminado comienza a perder su hegemonía, y se visualizan distintas formas particulares de empleo; contratos de trabajo por tiempo determinado, trabajo provisional, trabajo de jornada parcial, y diferentes formas de empleos ayudados o sostenidos por el poder público en el marco de la lucha contra el desempleo (Castel, 1997). Los jóvenes son los más afectados, y las mujeres más que los hombres. El fenómeno afecta también a aquellos que constituyen “el núcleo duro de la fuerza de trabajo” los hombres de 30 a 49 años (Castel, 1997).

Hay un tránsito de lo que Bauman (2003) denomina capitalismo pesado a un capitalismo liviano.

Los pasajeros del barco del “capitalismo pesado” confiaban en que los selectos miembros de la tripulación autorizados a subir a la cubierta del capitán llevarían la nave a destino. Los pasajeros podían dedicar toda su atención a la tarea de aprender y seguir las reglas establecidas para ellos y escritas en letra grande en todos los corredores del barco. Si protestaban (o incluso se amotinaban), era contra el capitán, que no llevaba la nave a puerto con suficiente rapidez o que no atendía debidamente a la comodidad de los pasajeros. En cambio, los pasajeros del avión del “capitalismo liviano” descubren con horror que la cabina del piloto esta vacía y que no hay manera de extraer de la misteriosa caja negra rotulada “piloto automático” ninguna información acerca del destino del avión, del lugar donde aterrizará, de la persona que elegirá el aeropuerto y de si existen reglas que los pasajeros puedan cumplir para contribuir a la seguridad del aterrizaje. (p. 65)

En la etapa pesada del capitalismo, según Bauman (2003), el capital estaba tan fijado a un lugar como los trabajadores que contrataba.

En la actualidad el capital viaja liviano, con equipaje de mano, un simple portafolio, un teléfono celular y una computadora portátil. Puede hacer escala en casi cualquier parte, y en ninguna se demora más tiempo que el necesario. El trabajo, por otro lado, sigue tan inmovilizado como en el pasado... pero el lugar al que antes estaba fijado ha perdido solidez; buscando en vano un fondo firme, las anclas caen todo el tiempo sobre la arena que nos las retiene. Algunos de los residentes del mundo no cesan de moverse; para el resto, es el mundo el que no se queda quieto (p.64).

Esta precarización del trabajo, según Castel (1997), permite comprender los procesos que alimentan la vulnerabilidad social y producen, al final del camino, el desempleo y la desafiliación. Prefiere hablar de un proceso de desafiliación social más que de exclusión social. En este sentido realiza una distinción conceptual del término. Para éste exclusión social es hablar de ruptura del vínculo social; connota inmovilidad. Designa un estado o estados de privación. Pero la simple constatación de la carencia no permite captar los procesos que las generan. Hablar de desafiliación, en cambio, no es confirmar una ruptura, sino trazar un recorrido (Castel, 1997). No es que hay un “in” y un “out”, sino un continuum de posiciones que coexisten en un mismo conjunto y “se contaminan” recíprocamente. No hay nadie que esté fuera de la sociedad sino que implica un conjunto de relaciones particulares en la sociedad como un todo; pueden estar des-ligados pero siguen bajo la dependencia del centro (Castel, 1997). Se trata de una inclusión subordinada y precaria más que de exclusión propiamente dicha.

Existe una fuerte correlación entre el lugar que se ocupa en la división social del trabajo y la participación en las redes de sociabilidad y en los sistemas de protección que “cubren” a un individuo ante los riesgos de la existencia (Castel, 1997). Estos ejes pueden construir diferentes zonas del espacio social según el grado de cohesión social que aseguren: desde un polo de estabilidad a un polo de turbulencia máxima. La zona de integración sería aquella en la que se dispone de un trabajo estable y se cuenta con soportes

relacionales sólidos. A la inversa, la ausencia de participación en alguna actividad productiva y el aislamiento relacional conjuga sus efectos negativos para producir la desafiliación (que encuentra aquellos sin recursos económicos, sin soportes relacionales y sin protección social). La vulnerabilidad social es una zona intermedia, de incertidumbre, inestable, que conjuga la precariedad del trabajo y la fragilidad de los soportes de proximidad (Castel, 1997). No se trata de asociaciones mecánicas ni estáticas sino de procesos y relaciones en una sociedad que siempre es dinámica.

La desafiliación (invalidación, descalificación) tiene que ver con la ausencia de inscripción del sujeto en las estructuras que producen un sentido (Castel, 1997). Lo que brinda dignidad- reconocimiento social de un individuo es su utilidad social, es decir la parte que asume en la producción de la sociedad (Castel, 1997).

El proceso de transformación del mundo del trabajo ha dejado a su paso un incremento de trabajadores envejecidos, jóvenes en busca de un primer empleo, desempleados de larga duración que comienzan a instalarse como los “trabajadores sin trabajo” que ocupan en la sociedad un lugar de excedentes, supernumerarios, de “inútiles para el mundo” (Castel, 1997) No son, según Castel, “ejército industrial de reserva”, no son explotados, son “inempleables, supernumerarios”. En la exclusión social, los individuos se tornan, en primer lugar desnecesarios económicamente. Pierden cualquier función productiva y pasan a constituirse en un peso económico para la sociedad y el gobierno (Baráibar, 2004). Revertir su condición resulta muy difícil, no se visualiza su posibilidad de representar una fuerza de presión, un potencial de lucha, puesto que no gravitan en ningún sector relevante de la vida social (Castel, 1997).

Se pueden distinguir, siguiendo a Baráibar, cuatro dimensiones de la exclusión social: la económica, la social, la simbólica y la política.

1.-Dimensión económica

Aquella dimensión vinculada a la integración o no al trabajo, medio a través del cual las personas logran o no reproducir su existencia económica (Correa en Baráibar, 2004).

Las nuevas formas de organización del trabajo y de acumulación flexible del capital no sólo constituyen una “periferia precaria” sino también una “desestabilización de los estables”, es decir trabajadores que se ubicaban en una posición sólida y que fueron expulsados del circuito productivo. Ello deja de manifiesto, señala Castel, un déficit de los lugares ocupables en la estructura social, entendiendo por lugares las posiciones a las cuales están asociadas una utilidad social y un reconocimiento público.

Estas nuevas formas diversas de empleo, discontinuo e insignificante, no sirven de base para la proyección de un futuro manejable. Esta manera de habitar el mundo social impone estrategias de sobrevivencia basadas en el presente, el “vivir al día” (Baráibar, 2004).

2.-Dimensión social

Es la dimensión vinculada a los impactos en la inserción relacional en una sociedad a partir de los cambios en el mundo del trabajo. El trabajo además de dar inscripción en la estructura productiva da lugar a la distribución de los individuos en el espacio social. La exclusión del empleo no sólo trae consigo privaciones económicas sino también la pérdida de derechos y de protección social.

Como plantea Castel existe una complementariedad de lo que ocurre sobre el eje de integración por el trabajo (empleo estable, empleo precario, expulsión del empleo) con la densidad la inserción relacional en redes familiares y de sociabilidad (inserción relacional fuerte, fragilidad relacional, aislamiento social). Estas conexiones califican zonas de diferente densidad de las relaciones sociales: zona de integración, de vulnerabilidad, de asistencia, de desafiliación (no son correlaciones mecánicas).

En un contexto prolongado de privación económica y social, el incremento de la precariedad laboral hace que la posibilidad de una familia con miembros desocupados de apoyarse en la solidaridad familiar, barrial, comunitaria se vea cada vez más restringida. Esto redundará en una ampliación de la zona de vulnerabilidad social ensanchando el camino hacia la exclusión. El barrio es uno de los lugares en donde se desarrollan actividades

complementarias que contribuirán a sostener los procesos de inserción de las personas como complemento de la integración que producía el trabajo. La inexistencia de ingresos por parte de las familias, no permite la ayuda solidaria que puede realizarse entre vecinos o el poder encarar soluciones grupales que atiendan algunas necesidades de todos. El lazo social resultante de esta pertenencia está fracturado (Correa en Baráibar, 2004).

Otro elemento importante en la exclusión social es el referido a los procesos de segregación espacial – residencial que se generan. Al sentirse cotidianamente amenazadas, las personas se van replegando cada vez más en su individualidad, se reduce la interacción con personas de diferente origen social y se desalienta la sociabilidad espontánea que surge de los encuentros en lugares públicos. Se generaliza un sentimiento de sospecha hacia los demás o hacia “los distintos”. Todo ello hace que se deteriore la convivencia urbana, los valores que encerraba para los procesos de sociabilización e integración social. El diseño urbano cambia, los sectores medios y altos reaccionan ante estos fenómenos encerrando sus zonas de residencia y manteniendo servicios de seguridad privados para impedir el ingreso a ellas de los sectores marginalizados (Baráibar, 2004).

Para Bauman (2003) los esfuerzos por mantener a distancia al “otro”, el diferente, el extraño, el extranjero, la decisión de excluir la necesidad de comunicación, negociación y compromiso mutuo, no sólo son concebidos sino que aparecen como la respuesta esperable a la incertidumbre existencial a la que han dado lugar la nueva fragilidad y la fluidez de los vínculos sociales.

3.-Dimensión simbólica

Esta dimensión refiere a que la exclusión no solo es la carencia de riquezas materiales (mercado y su intercambio) sino que es también la privación de riquezas espirituales. Xiberras plantea (en Baraibar, 2004) que la exclusión engloba todos los procesos de rechazo o de no aceptación de diferencias, sean ellas de ideas de valores o de modos de vida. Los excluidos no son simplemente rechazados físicamente (racismo), geográficamente (gueto) o materialmente (pobreza). Sus valores tienen falta de reconocimiento y están ausentes o proscritos del universo simbólico.

Es el rechazo o la incapacidad que tienen determinados individuos para participar en el modelo normativo dominante de la sociedad debido a la representación social que se tiene de ellos como “diferentes”. Cuando los atributos de algunas personas no corresponden a las pautas de sentido socialmente compartidas, esas personas son estigmatizadas, es decir representadas como alguien que no pertenece del todo a una comunidad en que las personas se reconocen mutuamente como iguales. Si ese individuo o grupo es diferente, entonces resulta natural que deje de ser titular de los derechos, oportunidades y beneficios sociales que a todo miembro de la sociedad le corresponde. Resulta natural que ya no constituya una responsabilidad del Estado ni de los miembros de la sociedad el integrarlo, porque la integración no le corresponde como un derecho (Torche en Baráibar, 2004).

Hay una representación social que no sólo no acepta al “distinto” sino que además lo reconoce y estigmatiza como violentos y amenazadores de la seguridad personal y de los bienes de los grupos sociales más favorecidos. Pasan a ser percibidos como “agentes incómodos” y gradualmente se los desplaza de los espacios de interacción social. Como no interesan más a la economía, los espacios y mecanismos de domesticación – disciplinamiento (escuelas, hospitales, cárceles, legislación, etc.) comienzan a quebrarse o a impedir el ingreso de los excluidos.

4.- Dimensión política

El proceso de exclusión social pone en cuestión la idea de ciudadanía. En este proceso de transformaciones la exclusión tiene relación con un proceso social de no reconocimiento del otro, de rechazo o aún de intolerancia; y por tanto hay dificultades de reconocer en el otro derechos que le son propios. Ser incluido es tener derecho a tener derechos.

Es difícil construir ciudadanía sobre una base de inutilidad social. Resulta difícil, además, que los excluidos puedan tener algún poder para la organización colectiva. Son individuos con empleo formal mal remunerado o una actividad informal inestable, que recurren a un apoyo familiar que es frágil

y a programas de acción social por lo que resulta difícil que cuenten con tiempo para invertir en participar en acciones colectivas.

Los “supernumerarios” si no gravitan en ningún sector relevante de la vida social, difícil es que puedan organizarse y ejercer algún tipo de presión para el cambio social o para el ejercicio pleno de sus derechos; más bien la tendencia social es atenuar su presencia, hacerla discreta al punto de borrarla. Qué tipo de proyecto podrá tener aquel cuya presencia es indiferente para la sociedad (Baráibar, 2004).

En este sentido también entra en cuestión la idea de democracia, ya que los sistemas de participación política y social restringen su capacidad de decisión a sectores favorecidos de la sociedad.

El concepto de excluidos (...) nos interpela sobre la naturaleza de la polis que estamos construyendo (Olivera en Baráibar, 2004). No se trata de un problema de otros, es un problema de todos, en tanto es generado por una dinámica en la que todos participamos (Baráibar, 2004).

Capítulo II

Diseño de interiores: procesos de subjetivación

*“Necesito renovar mi interior
dibujarse es vivir, el presente es un proyecto anterior
se agotó por aquí, necesito desarmar el taller
aprenderse es vivir, raspar el empapelado de ayer
no dejarse dormir
Necesito repintar la razón, pelear es vivir
el camión de la mudanza tosió satisfecho al partir
Necesito refrescar el renglón, remojarse es vivir
darme fe tener determinación
detenerse es morir...”*

(Diseño de interiores- Fernando Cabrera)

Diseñarnos y re-diseñarnos en el caleidoscopio de la vida, de eso se trata. Rocíos, sequías y lluvias; humedades, desiertos, juegos de colores todos, matizan la pintura de la vida, y danzando como en la paleta de pintor se expresan en el lienzo de la realidad. ¿Qué es la subjetividad? ¿Cómo se va configurando nuestra subjetividad? ¿Qué es ser sujeto?

El diccionario-enciclopedia Salvat realiza la siguiente definición de Subjetividad: *lo más específicamente propio e íntimo de la persona en su forma de comportamiento y en su actividad intelectual. En oposición al mundo objetivo, la subjetividad del individuo toma arraigo en su misterio mismo como ser único y en su razón de ser instintiva, afectiva e imaginativa. Desempeña un papel básico en la dialéctica interiorización de lo exterior-exteriorización de la interioridad, que configura la presencia del hombre en el mundo.*

Para Rebellato (2008) ser sujeto es poder elegir (...) no ser solitario(...); poder ser autónomo(...); formar parte de comunidades y tradiciones dialógicas(...), es vivir en la experiencia de la contradicción.

Si se parte de la primera definición como punto de partida, se puede compartir- desde una perspectiva psico social- que nos reconocemos - constituimos como sujetos en la relación con el otro, en la interacción con el otro y el mundo, y en la elaboración interna de ese encuentro. Se interiorizan modelos dinámicos en contenidos y formas que van configurando nuestras

maneras de ser, sentir-pensar-actuar en cada momento particular, único e irrepetible en el proceso de la vida.

Todo sujeto es esencialmente social, configurado en una compleja trama de vínculos y relaciones sociales en la búsqueda por la satisfacción de necesidades. (...) La subjetividad es la síntesis de una historia vincular y social, una síntesis dinámica de una trayectoria de aprendizajes. Trayectoria en la que hemos ido construyendo un modelo interno o matriz de encuentro con lo real: historia en la que hemos ido “aprendiendo a aprender” (P de Quiroga, 1992).

Se trata de un proceso dinámico, heterogéneo y complejo en donde en cada contacto con el objeto de conocimiento, ante cada exigencia adaptativa, hemos ido elaborando, afianzando o modificando un modelo, una actitud de encuentro con el objeto, un estilo de aprendizaje que se constituye como nuestra modalidad cotidiana de relación con la realidad, con nosotros mismos y con los otros (P de Quiroga, 1992).

La vida cotidiana cobra un papel fundamental y relevante en este proceso de aprendizaje y en la producción de subjetividades en tanto es el campo de constitución, producción y reproducción del ser social (Netto, 2012). Es desde allí, en ese campo superficial y complejo, dinámico, diverso, incierto, azaroso, tradicional, reiterado, sistemático, del “hacer”, de prácticas corrientes y heterogéneas que transcurre la vida de los sujetos; es el escenario y el tiempo en el que se producen sujetos, donde se produce subjetividad, donde se configuran modos de pensar, hacer, sentir en un determinado momento socio – histórico (Protesoni, 2002).

En el inter juego cotidiano, cada sujeto configura su matriz o modelo interno, organiza y significa el universo de su experiencia, su universo de conocimiento. Se trata de una estructura compleja y contradictoria con una infraestructura biológica; que incluye aspectos conceptuales, emocionales, afectivos y esquemas de acción. Este modelo, construido en nuestra trayectoria de aprendizajes, sintetiza en cada aquí y ahora nuestras potencialidades y nuestros obstáculos (P de Quiroga, 1992). Se forma - transforma en los distintos ámbitos en los que se desarrolla nuestra experiencia del aprender, entre lo público y lo privado, lo universal y lo particular, lo colectivo y lo singular,

lo uno y lo diferente, (Protesoni, 2002) y se sintetiza en la modalidad particular con que esas experiencias se inscriben en nosotros (P de Quiroga, 1992) y se expresan.

En la heterogeneidad de la vida cotidiana el individuo se percibe como ser singular distante de incluirse en una conciencia humano-genérica, ello lo logra cuando consigue suspender la cotidianeidad y homogenizar todas sus facultades direccionándolas en un proyecto de objetivación duradera (menos instrumental, menos inmediata). En esta suspensión (de la heterogeneidad) de la cotidianeidad, el individuo se instaura como particularidad- espacio de mediación entre lo singular y lo universal- y se comporta “enteramente como hombre” (Netto, 2012). Hay tres formas privilegiadas de objetivación en las cuales los procedimientos homogeneizadores superan la cotidianeidad: el trabajo creador, el arte y la ciencia (Luckács en Netto, 2012). Es en ese proceso dialéctico cotidianeidad/suspensión en el que se constituye y desarrolla el ser social (Netto, 2012). Se establece un circuito dinámico de retorno a la cotidianeidad donde el individuo se comporta cotidianamente con más eficacia y, al mismo tiempo, percibe la cotidianeidad como espacio de enriquecimiento y ampliación del ser social. El retorno a la cotidianeidad después de una interrupción (sea creativa o de disfrute) supone la alternativa de un individuo más refinado, educado (justamente porque se elevó a la conciencia humano-genérica); la vida cotidiana permanece imposible de eliminar y de sobrepasar pero el sujeto que a ella regresa está modificado (Netto, 2012).

En el proceso de aprendizaje podemos haber aprendido a aprender sin problematizar las formas de nuestro encuentro con lo real, “naturalizándolas” (...) En nuestra cultura y en función de las relaciones sociales dominantes, (...) se legitiman los modelos de aprendizaje como “la única “forma válida de aprender” (P de Quiroga; 1992: 50). En este sentido la expansión del capital trajo consigo una colonización a dos niveles, uno a nivel horizontal en la búsqueda y conquista de nuevos territorios de producción y consumo; y otro vertical, penetrando en todos los ámbitos de la propia vida de los hombres y comunidades; o sea en el centro mismo de la cotidianeidad (Berdía, 2009). La organización capitalista de la vida penetra todos los intersticios de la vida

individual, o sea desborda la esfera de la producción, domina la circulación y consumo y articula una inducción en el comportamiento en la totalidad de la existencia, o sea, todo el cotidiano se torna 'administrado' (Netto, 2012). La vida cotidiana se vuelve alienada, porque la esencia humana se encuentra alienada (Berdía, 2009). Se producen movimientos de globalización en los modos de vida, de hacer, de pensar, de sentir y de desear (Protesoni, 2002) pues hay una "publicación de lo privado" y una "privatización de lo público" con tendencia a ensamblarse la esfera pública y el ámbito privado (Protesoni, 2002). Los medios de difusión masivos son aliados de este proceso implosionan en el espacio privado de la intimidad, transformando la subjetividad de puertas adentro. La casa familiar se conecta visual y auditivamente con zonas territorialmente lejanas; la imagen se instala como lo real, se jerarquiza la apariencia física sobre los valores internos. Los medios masivos hacen pública la vida privada, diluyen la esfera de lo íntimo y debilitan los vínculos con la comunidad (Protesoni, 2002).

Implosión que signa la inexistencia de tiempo reflexivo y de comprensión de una información que aceleradamente se presenta y transmite, pues la velocidad hace que prime estar informado como sinónimo de saber, de lo novedoso y del impacto, relegando la inscripción del conocimiento y moldeando espectadores pasivos en el escenario del mundo, que está afuera y es lejano (Protesoni, 2002).

La percepción del tiempo diagrama la vida cotidiana e incide en la constitución como sujetos; la velocidad anula el espacio y tiempo, la extensión y la duración (Protesoni, 2002) de situaciones y relaciones humanas. Éstas se van transformando en inmediatas, rápidas, instantáneas, fútiles, de impacto sin tiempo de escucha, pienso y proceso; escenario de la vida donde todo acontece efímera y "líquidamente". En la era de la instantaneidad (Bauman, 2003) e individualidad todo recae sobre el individuo; a él le corresponde descubrir qué es capaz de hacer, ampliar esa capacidad al máximo y elegir los fines a los cuales aplicar esa capacidad o sea, aquellos que le produzcan la mayor satisfacción (Bauman, 2003).

El “corto plazo” (de la modernidad “líquida”) ha reemplazado al “largo plazo” (de la modernidad “sólida”) y ha convertido la instantaneidad (que anula la resistencia del espacio y “licuifica” la materialidad de los objetos) en ideal último (Bauman, 2003). Los vínculos y las asociaciones, en palabras de Bauman (2003), tienden a ser visualizados y tratados como objetos a ser consumidos, no producidos. En esta era se trata de acortar el lapso de durabilidad, de centrarse en la manipulación de lo transitorio y no de lo durable, de deshacerse de las cosas con ligereza para dejar espacio a otras cosas igualmente transitorias y destinadas a consumirse (Bauman, 2003).

Y en esa perspectiva de consumo, dice Bauman (2003), se reafirma la visión individual en tanto que todo aquello que es consumo es consumido individualmente mientras que los esfuerzos productivos requerían cooperación, aunque fuera solamente la sumatoria de esfuerzos físicos de varios.

El modelo neoliberal construye e instala la idea y convicción normativizada de la existencia de un sentido común legitimado que acepte esta sociedad como algo natural e inmodificable, quedando sólo lugar para la adaptación a la misma (Rebellato, 2008). El conformismo generalizado está estrechamente vinculado con un naturalismo impuesto. El pensamiento único se nos presenta con una lógica irresistible: la lógica del capital sobre la vida, la lógica del único sistema viable sobre la posibilidad de pensar la alternativa. (Rebellato, 2008) “Nuestro principal problema, incluso ahora es que nos resulta más sencillo imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo” (Slavoj Zizek, 2012). Es un pensamiento construido sobre un lenguaje que se pretende universal, moderno y drástico: flexibilidad, adaptabilidad, desregulación, modernidad, eficacia, polifuncionalidad, etc. (Rebellato, 2008) que se manifiesta en crecientes grados de desmovilización, falta de participación, creciente incredulidad en proyectos de carácter colectivo (Berdía, 2009). Para que el proyecto fluya, según Bauman (2003) el mundo debe estar libre de trabas, barreras, fronteras fortificadas y controles. Cualquier trama densa de nexos sociales, y particularmente una red estrecha con base territorial, implica un obstáculo que deber ser eliminado. Los poderes globales están abocados al desmantelamiento de esas redes, en nombre de una mayor y constante fluidez, que es la fuente principal de su fuerza y la garantía de su invencibilidad. Y el

derrumbe, la fragilidad, la vulnerabilidad, la transitoriedad y la precariedad de los vínculos y redes humanos permiten que esos poderes puedan actuar.

Cada sistema social organiza materialmente la experiencia de los sujetos que lo integran. Porque todo sistema de relaciones sociales necesita, para garantizar su existencia y desarrollo gestar el tipo de sujeto apto para sostener esas relaciones y realizarlas. Sujetos cuyas actitudes, visión del mundo, formas de sensibilidad, modelos de aprendizaje y método de pensamiento sean funcionales a ese sistema social (P de Quiroga, 1992).

Pero ser sujeto para Rebellato (2008) es poder elegir, la subjetividad tiene un soporte de apuesta, de opción, de esperanza, de proyectos; ser sujeto es poder ser autónomo en contraposición a la heteronomía (espacio moral y normal en que nos movemos) donde las opciones y comportamientos están ya trazados; ser sujeto es vivir la experiencia de la contradicción en el sentido de poder tener las condiciones necesarias para construir la autonomía aún en contra de quienes crean condiciones favorables a la heteronomía (Rebellato, 2008). Y en este sentido son esas condiciones objetivas, para Castel (2010) las que permiten distinguir distintos tipos de individuos.

Así como encontramos individuos con perfiles psicológicos distintos, matrices internas particulares e irrepetibles, podemos distinguir según Castel (2010) distintos tipos de individuos de acuerdo a los soportes que tengan. Entendiendo por éstos las condiciones de base necesarias para realizarse como un individuo libre, autónomo y responsable. Condiciones que tienen que ver con ser un individuo, existir, ser reconocido y tratado como tal en la sociedad. Que le permitan a éste tener una vida interior, un perímetro subjetivo y conjugarlo con la realización de papeles sociales, tener compromisos y deberes; el individuo es aquel que se define tanto a partir de sus pertenencias colectivas como por su interioridad.

El individuo es entendido como aquel que posee un abanico de recursos o soportes que permiten llevar a cabo su vida, realizar sus proyectos, trazar su recorrido y hasta rebelarse si considera injustas las condiciones que le ofrecen (Castel, 2010). Pero existen muchas situaciones donde no es posible ser

plenamente un individuo pues esas condiciones no están dadas de entrada ni a todos (Castel, 2010).

Condiciones o soportes que tienen que ver no sólo con los bienes, recursos materiales sino también con recursos sociales, culturales, relacionales, simbólicos (Castel, 2010). Se posee soportes por ser propietarios de bienes (propiedad privada) o propietarios de derechos (propiedad social) como nuevas garantías (seguridad y protecciones) asociadas con la condición salarial.

En la sociedad actual, siguiendo con Castel, comienzan a aparecer otros perfiles extremos distintos al que se intentaba instalar como el prototipo de individuo en la modernidad. Aparecen como polos opuestos de ese modelo central (postura extrema sin matices) dos perfiles de individuos: el individuo por exceso y el individuo por defecto.

Los individuos por exceso serían aquellos encerrados en su individualidad, desconectados de la sociedad, descomprometidos, con exceso de subjetividad (Castel, 2010). Están en una suerte de vacío social porque no están encuadrados, o lo están muy poco, por regulaciones colectivas, y no están conducidos por aspiraciones colectivas. Su objetivo principal es realizarse como individuos. Tienen la capacidad de ser autosuficientes: tiene en sí mismo o cree tener en sí mismos, los soportes necesarios para garantizar su independencia social (Castel, 2010). Son los individuos que responden a un perfil que llevan al límite los efectos de la coyuntura social actual: la descolectivización, la desinstitucionalización, el ascenso de un individualismo ligado a un alejamiento de las pertenencias y los valores colectivos (Castel, 2010). En una sociedad que va mercantilizando los modos de vida, el "individuo"- ese sujeto libre, autónomo e independiente- compite para lograr mayores ganancias, siendo el capital la fuente de todo valor (Protesoni, 2002).

En el otro extremo se encuentran los individuos por defecto, que son aquellos atrapados en la contradicción de no poder ser los individuos que aspiran a ser. Son aquellos que carecen de los recursos necesarios para asumir positivamente su libertad de individuos (Castel, 2010). Perdieron o no logran acceder al umbral de los soportes de la propiedad social, al mismo

tiempo que no están protegidos por la propiedad privada (Castel, 2010). Estos enfrentan día a día la precariedad y la incertidumbre del mañana, y para los cuales la supervivencia se vuelve un combate cotidiano (Castel, 2010).

Éstos empiezan a ocupar espacios a los que Bauman (2003) llama espacios vacíos, vacíos de sentidos en tanto son invisibilizados, borrados a la vista. No son lugares prohibidos sino espacios vacíos, inaccesibles por su invisibilidad (Kociatkiewicz & Kostera en Bauman, 2003) Son lugares “sobrantes” que quedan después de que se ha llevado a cabo la tarea de estructuración de los espacios que realmente importan (Bauman, 2003). Cada habitante tiene su propio mapa de la ciudad en la cabeza; recortar esos lugares (carentes de sentido) permite que los demás brillen y estén colmados de sentido. El vacío del lugar está en el ojo de quien lo contempla y en las piernas del habitante o en las ruedas de su auto. Son vacíos los lugares en los que no entramos y en los que nos sentiríamos perdidos y vulnerables, sorprendidos, alarmados y un poco asustados ante la vista de otros seres humanos (Bauman, 2003).

Capítulo III

Materialidad y simbolismo...sumergidos.

Asentamiento Santa María Eugenia

3.1 Ubicación geográfica

El asentamiento Santa María Eugenia se encuentra ubicado hacia el este de la ciudad de Montevideo (Uruguay) próximo al límite con el departamento de Canelones. Hacia el margen norte se conecta con un afluente del arroyo Toledo y al sur toma contacto con el vivero Musaco y las caballerizas y canchas del Carrasco Polo Club. Se emplaza al finalizar del Cno. Gral. Servando Gómez a 3 km. de la calle Camino Carrasco, en el barrio Carrasco Norte. Su extensión no es mayor a 4 hectáreas siendo su topografía irregular e inundable.

3.2 Bañados de Carrasco

Santa María Eugenia se encuentra anclada dentro de un área más amplia, en la zona de los Bañados de Carrasco la cual ocupa alrededor de 1100 hectáreas de extensión, compartidas entre los Departamentos de Montevideo y Canelones.



más bellas a causa de su riqueza orgánica. (...) La turba cumple, además, un rol ecosistémico fundamental en el mantenimiento y regulación del clima (...).

El cuidado y preservación de los bañados es sumamente relevante por actuar como un sumidero de contaminantes, regulación de ciclo hidrológico, nido de biodiversidad de fauna y flora y por otros valores intangibles como ser los valores recreativos, culturales y espirituales que esos ambientes nos provocan” (Luciana Mello 19/10/2011 Los Bañados pág. Web de la Asociación Bañados de Carrasco).



Un vecino de la zona cuenta: *Vivo en los bañados desde hace 42 años y viví distintas etapas. Primero la época en que los bañados eran transitados únicamente por botes de cazadores de patos y nutrias, y siendo muy pequeño acompañaba a mi padre por las noches a cazar ranas que luego vendíamos en los hoteles del centro. También era frecuente ver muchas matanzas clandestinas de ganado y donde se podía ver alguno que otro vecino en busca de las achuras. Otra cosa que vi fue gente a orillas del arroyo con palas de*

diente en busca de lombrices para exportar. Luego vino la canalización y desecación, esto tuvo sus frutos al principio ya que se podían apreciar grandes plantaciones de maíz y girasol, sorgo y zapallo, entre otros. Pero todo lo bueno se termina, nos rodearon los asentamientos y comenzó la contaminación, la desconcientización de muchos que comenzaron a talar árboles, caza indiscriminada, la extracción de turba, pero aun así siguen habiendo riquezas invaluable dentro de los bañados. (Cándido Moreles. Distintas etapas del Bañado... en <http://www.abcrural.org.uy>)



Foto: <http://www.panoramio.com>



Foto: <http://www.panoramio.com>



Foto: <http://www.panoramio.com>

3.3 Tierra de todos, de pocos, de nadie...

Santa María Eugenia² es hoy parte de un paisaje que se muestra contradictorio e incómodo. Armonía de colores, tonos y matices racional y ordenadamente plasmados en hermosas residencias y mansiones con

² Ver Anexo II. Características socio-económicas del asentamiento Santa María Eugenia- 2012

traslúcidos tajamares, predios de intenso verde, pastos acolchonados y llanos como el paño de un billar se mira frente al espejo roto de predios grises, con casas humildes sobre tierra y vestigios de pasto ralo de una alfombra verde y floreal que dejó atravesar generosamente animales y plantas silvestres que hubo en aquel lugar cercano -lejano- reciente tiempo atrás. Antagonismos que despiertan interrogantes, asombro, impotencia y tristeza en el operador que por allí transita. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué se ha hecho y qué se está haciendo? ¿Por qué las orillas de este arroyo de caudal ancho de la vida están tan alejadas?



Foto: <http://www.panoramio.com>



Foto: <http://www.panoramio.com>

“Mi papá era de Rivera...hace 36 años que vine para acá. Antes esto estaba lleno de lirios; se tupía de amarillo...era algo hermoso. Mi mamá sacaba el agua del arroyo, era transparente. Era más silvestre”. “Mi padre no juntaba basura, no criaba chanchos... vendía tierra en jardines en Carrasco. Era de afuera, era para trabajar, y veía la manera de traer la comida para casa. Los quinteros eran los que ayudaban. Armaban fogatas para iluminar”.

(Relato de una vecina del asentamiento año 2012)

El presente de la vida de los pobladores de Santa María Eugenia es el devenir de un pasado y también de una actualidad social que gradual y aceleradamente los ha ido ubicando en espacios indiferentes para el resto de quienes integran este sistema social. Posición tangencial de los olores, ritmos y contenidos de las esferas productivas, estables, protegidas, y de utilidad y reconocimiento social.

Las historias de vidas y el quehacer cotidiano que dan identidad al asentamiento están perpetuadas por trabajos precarios y de características

primarias de supervivencia. La naturaleza ha sido y es la proveedora de la materia prima sustento básico de supervivencia y fundamental para el tímido intercambio material y simbólico con una sociedad que se presenta y consolida lejana y apática.

La extracción de turba del arroyo, la venta de leña de los bosques, la cría y venta de chanchos, la recolección y clasificación de residuos son las características de los trabajos que allí predominan. Actividades que han dejado a su paso estragos en una tierra “protegida”, que es de todos por su invaluable riqueza como reserva de biodiversidad. La extracción y venta de turba del bañado, en especial, ha estado en manos de algunos pocos habitantes del asentamiento siendo éstos los propietarios de los medios de producción (herramientas, carros, caballos) y ejerciendo una relación laboral precaria empleador-empleado con otros vecinos. También existen formas de sub empleo y empleos con contrato a término en especial con el vivero (Musacco) y la fábrica de plásticos contigua al asentamiento. Precariedad laboral en las condiciones materiales del trabajo como en la inexistencia de protecciones sociales. Una precariedad a la que se le añade la insistente incertidumbre del próximo escenario, el día siguiente.



Foto: <http://www.panoramio.com>



Foto: <http://www.panoramio.com>



Foto: <http://www.panoramio.com>

Los pobladores de Santa María Eugenia son “tan gente” como cada uno y todos en la sociedad pero a la vista y razón de ésta son individuos que se los concibe y se configuran como tales por “defecto”. A razón no a emoción pues las formas en los que hoy los individuos se interrelacionan y vinculan son efímeras e inconsistentes incorporando por depósito representaciones de un otro como distinto, diferente, que no responde a un deber ser y a pautas de funcionamiento sociales legitimadas naturalmente como las verdaderas y únicas.

El diseño urbano dibuja espacialmente esta dinámica relacional que opera en la sociedad hoy, y Santa María Eugenia no es ajena a ello. La sociedad promueve mecanismos de segregación residencial generalizando un sentimiento de sospecha, desinterés hacia los demás o hacia los distintos. Se diagrama el espacio territorial quedando relegados a “espacios sobrantes” de la sociedad aquellos cuyas ideas, modos de vida o inscripción en esferas productivas no tienen reconocimiento o utilidad para la sociedad, aceptando así el orden social vigente. Ocupan, se constituyen e identifican en “tierras de nadie”, espacios “vacíos” de sentido desde la óptica de una sociedad que logra la invisibilidad de su registro, anularlos, desatenderlos pues no aportan a los intereses del capital. Ser desplazados a tierras inundables, contaminadas, con servicios públicos precarios e inexistentes, con condiciones habitacionales básicas, de índole primarias, entre otros aspectos, dan cuenta también de ésta lógica imperante.

Invisibles, ocultas y capturadas quedan también las dinámicas intra familiares y estilos de crianza que allí suceden; legitimándose formas que

cercenan los derechos de los individuos e inhabilitan su desarrollo como personas.

Para estos individuos, de rostros resecos y surcos precoces en la piel, con condiciones materiales adversas y simbolismos empobrecidos, estables en la inestabilidad o insignificancia del empleo, resulta difícil apelar a una trascendencia del cotidiano y elaborar un proyecto de vida “manejable”; pensar en un proyecto cuando su presencia es indiferente para la sociedad. Es difícil construir ciudadanía sobre una base de inutilidad social, cuando la sociedad y la realidad misma se empeñan en la subordinación intelectual, acallamiento de la voz e instalan la resignación. Exigir que sean protagonistas de sus mejoras de vida, que promuevan la organización colectiva en el asentamiento en pro de reivindicar sus derechos, exigir atención y servicios resulta en el inmediato, un lejano horizonte frente a muchas otras cosas diarias que tienen que resolver. Revertir su situación es difícil porque no representan ni configuran ninguna fuerza de presión, no tienen potencia de lucha porque no gravitan en ningún sector relevante de la vida social. Quizás los añosos, con experiencias de vida que albergan destellos de prácticas colectivas puedan tener, aún, alguna fuerza para estimular a las otras allí tenues generaciones.

Pero en el escenario del asentamiento, los actores traen en su libreto historias y condiciones de vidas homogéneas, uniformes en su generalidad. Se configuran como una masa, con cuerpo pero sin forma ni razonamiento profundo posible, pues por inercia se perpetúa el vivir el día a día, lo concreto e inmediato, en un plano sin elevación (en la dialéctica suspensión /cotidianeidad) a la conciencia humano genérica modificante y enriquecedora del ser social. Desde ese enclave, los soportes relacionales particulares y familiares son débiles y el barrio, en tanto entorno inmediato donde se desarrollan actividades complementarias a la integración que no les produce el trabajo, también dice presente en su fragilidad.

En ese marco donde existe una representación social que los coloca como diferentes y una autorepresentación que tienen de sí mismos como distintos del resto reforzada por la percepción excluyente del otro, se instala la convicción social generalizada que la integración no le corresponde como un

derecho; si son diferentes, si sus formas de pensar, sentir, actuar están alejadas de las pautas socialmente compartidas entonces resulta natural que dejen de ser titulares de los derechos, oportunidades y beneficios sociales que a todo miembro de la sociedad le corresponde. En ese sentido la existencia de dificultades de acceso a la educación, a la salud, a una vivienda digna, a servicios básicos, a la circulación, al acceso a espacios públicos (como lugares de encuentro, intercambio, socialización), entre otros, son manifestaciones que solapadamente expresan dicha intencionalidad.



Foto: <http://www.panoramio.com>



Año 2008

Foto: <http://www.panoramio.com>



Año 2014

Foto: Diego Olivera, 2014.

Desde esa perspectiva van diseñando su vida, en el día a día, con el contraste perverso del leve intercambio con una sociedad que se le expone como una vidriera de oportunidades pero sin poder entrar, probarse y elegir. Lejos de reivindicaciones se genera pasividad, insatisfacción. La instalación de lo inalcanzable, de no ser parte, de no cumplir con lo que la sociedad exige van calando- consciente e inconscientemente en el diseño interior de cada uno de los pobladores. En la dialéctica interioridad/ exterioridad se configuran mecanismos de resistencia y existencia para poder sobrellevar los desafíos de su cotidiano.

Precariedad que socaba la intelectualidad, que naturaliza su diario vivir sin trascendencia hacia la complejidad de algunas dimensiones vinculadas con sus condiciones de vida. La parasitosis se ha vuelto crónica, los problemas en el desarrollo de sus habitantes también, problemas que se encubren bajo el velo idealizado de ser un lugar que les brinda seguridad -por conocido, estable, tranquilo, por sentirse parte. Pero lo que en los inicios de la gestación del asentamiento se percibía y vivía como lugar tranquilo, entre conocidos y seguro ha comenzado a mutar con la llegada cada vez mayor de perfiles de individuos con intereses, historias de vida y algunas características diferentes a los primeros habitantes (vinculados a los circuitos delictivos y de la ilegalidad).

Dos imágenes cargan de simbolismo a aquel lugar reafirmando su condición de desafiliados. Por un lado al ingreso del asentamiento se encuentra una estructura metálica con forma de gran corral o corralón cerrado con candado para depositar los residuos domiciliarios (mecanismo de recolección de residuos que naturalmente han aceptado siendo que en cualquier otra zona de Montevideo los residuos domiciliarios no se recogen bajo esa modalidad); y por otro por encima del asentamiento sobrevuelan constantemente los aviones que llegan y se van del aeropuerto de Carrasco ubicado en un terreno bien cercano al de ahí. Por tierra y aire se graba a fuego en Santa María Eugenia la imposibilidad de ser parte de los ritmos y contenidos que exige la sociedad. El primero marca en forma visible y tangible la idea simbólica de acorralamiento, de estar sujetos a la suerte que les tocó vivir y sin posibilidades de salir de ello. Sumado a esto el sonido e imagen de los aviones que no pasan inadvertidos, reafirman la idea que la sociedad viaja por encima, lejos de ellos, inalcanzable.



Foto: María del Carmen Genitni. 2014.



Foto: María del Carmen Genitni. 2014.



Foto: María del Carmen Genitni. 2014.

Para aquellos residentes de “barrios funcionales”, se compra permanentemente la concepción de “mi casa es el mundo”, se hace cuerpo y acción la idea de operar de acuerdo a las normas globales asignadas y legitimadas de un orden social reconocido y validado. Para otros, como en Santa María Eugenia, su casa es su casa, es horizonte cercano y el imaginario social posible de recrear es a través de la “imagen contada”. Contada por los hombres que son, fundamentalmente, los que salen del asentamiento en busca del sustento económico diario, y por las imágenes que promueven los medios masivos de difusión. Éstas últimas legitiman los sistemas de representación y autorepresentación social de las personas reforzando la idea que para “ser deben tener”, y “si no tienen no valen, no forman parte, quedan afuera”. Es la venta de una imagen del deber ser ligado al tener bienes materiales pero al mismo tiempo se presentan como inalcanzables. Son mensajes perversos y contradictorios de una sociedad que consolida el orden social vigente y que genera gran insatisfacción.

No obstante, para algunos vecinos de allí existe la posibilidad de trascender el bombardeo de las imágenes e ideas del valer por los parámetros del capital, y conectan con sus fibras íntimas de sentimientos y emociones que se traducen en un querer ser. Dar valor a enlentecer el tiempo por espacios de escucha, reflexión e intercambio para algunos es la posibilidad de desconectarse de la imagen social mecánicamente establecida.

Y quizás para esos, quizás para algunos, esos aviones puedan simbolizar despegar la mirada, sobrevolar su diario vivir y apostar a una perspectiva de cambio de su realidad. Quizás, ese sea el desafío.

Consideraciones finales

Frente a la corriente...

El desafío está en la construcción de la esperanza. Despertar, inquietar, activar, desde la perspectiva de derechos y del respeto por el otro, una rebeldía propositiva frente a la naturalización gravitante de una realidad subordinada.

El Trabajo Social, según Berdía (2009) tiene un carácter contratendencial a la ideología dominante; desde ahí es que nos desafía a ser cada vez más creativos en los medios de intervención. Promover movimientos instituyentes frente a lo instituido, cuestionar lo que aparece naturalizado, inmutable en un orden social que obliga a imitar e inhibe el crear. El desafío profesional, quizás sea el abrir interrogantes y buscar estrategias y alternativas en conjunto con los sujetos de intervención desde su registro como otro, potenciando la capacidad de escucha, de intercambio horizontal y franco. La pregunta como metodología para la reflexión, partiendo desde su realidad cotidiana para despertar en aspectos profundos que se encuentran constituidos y con la tinta marcada de resignación.

Desde una postura ética profesional de apuesta a la construcción de confianza y promoción de las potencialidades y capacidades individuales y sociales; que opta por la búsqueda por generar mejores condiciones de vida de las personas, entonces la corriente que impone el orden capitalista juega en contra.

Repensar las prácticas profesionales, problematizar las situaciones, conectando internamente con la sensibilidad, el asombro, la teoría, la responsabilidad y compromiso son aspectos y principios que deben estar en la promoción y contagio de la reflexión y acción con el otro. En el escenario de la intervención es necesario poder discernir qué se ha hecho texto y qué es contexto susceptible de transformar. No obstante, como dice Rebellato (2008) no es necesario esperar los cambios estructurales para iniciar los cambios que se desean realizar; las alternativas globales requieren su construcción también desde todos los espacios de la sociedad civil. En este sentido el cotidiano, compartiendo el concepto de Berdía (2009) es el terreno de los posibles y es

también el lugar donde transforma la realidad; justamente la posibilidad que tiene la práctica profesional de estar en las condiciones del cotidiano de los sectores subalternos, le genera condiciones excepcionales de conocimiento. El cotidiano desafía al Trabajo Social a transformar “lo adverso en maravilloso” y lo legado en obra abierta. Lo desafía a trabajar en la construcción de un mundo donde quepan todos los mundos; en aportar a construir una sociedad que asegure una vida digna; donde exista una condición humana que tienda a generar cooperación y solidaridad; que se permita transitar por el camino de la revisión y elección a ser libres frente al exitismo capitalista que ofrece un producto “que ayuda a no pensar con riesgo ni a sentir con locura, que evite los sueños peligrosos y que sobre todo evite la tentación de vivirlos” (Galeano, 1993).

Se trata de ser investigadores de la esperanza (Rebellato, 2008), no de la resignación; investigadores desafiantes, no meros facilitadores. El gran reto está en liberar nuestra capacidad como educadores de la esperanza, de una esperanza que cree en las posibilidades humanas de cambiar la historia.

Entre necesarios lirismos y utopías... creer en una realidad distinta posible.

Referencias

Antunes, R (2000). Trabalho e precarizacao numa orden neoliberal. En *A cidadanía negada. Políticas de exclusão na educacão e no trabalho*. Argentina: Coelcción Grupos de Trabajo de CLACSO.

Baráibar Ribero, X (2000). *Algunos aportes para la discusión sobre exclusión social*. Montevideo: Instituto nacional del Menor- División Social.

Bauman, Z. (2001). ¿Soy acaso el guardián de mi hermano? En *La sociedad individualizada* (pp.87-98). España: Ediciones Cátedra.

Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. México: Ed. Fondo de Cultura Económica.

Berdía, A (2009). Vida cotidiana: categoría central para el abordaje profesional. *Revista Fronteras* N° 5, 45-57. Montevideo, Uruguay.

Castel, R (1997). Prólogo y La Nueva cuestión social. En *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado* (pp.13-24 y 390-478). Buenos Aires: Editorial Paidós.

Castel, R (2010). Conclusión. El desafío de convertirse en un individuo: bosquejo de una genealogía del individuo hipermoderno. En *El ascenso de las incertidumbres* (pp.303-338). Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económica.

Fernández, J & Protesoni, A (compiladores) (2002). *Psicología Social: Subjetividad y procesos Sociales*. Montevideo: Ediciones Trapiche. Centro de Estudiantes Universitario de Psicología.

Galeano, E. (1993). *Ser como ellos y otros artículos*. México: Siglo XXI Editores.

Netto, J (2012). Para una crítica de la vida cotidiana. En *Trabajo social: crítica de la vida cotidiana y método en Marx* (pp. 21-43). Buenos Aires: Instituto de Capacitación y Estudios Profesionales.

Pampliega de Quiroga, A (1992). *Enfoques y perspectivas en psicología social. Desarrollo a partir del pensamiento de Enrique Pichón- Riviere*. Buenos Aires: Ediciones Cinco.

Rebellato, J (2008). *Ética de la liberación*. Montevideo: Editorial Nordan – Comunidad.

Salvat Enciclopedia (1979) - Tomo 11. Barcelona. Salvat Editoriales S.A.

Zizek, S (2012). *El año que soñamos peligrosamente*. Editorial Akal pensamiento crítico.

<http://www.mides.gub.uy>

[http:// www.abcrural.org.uy/](http://www.abcrural.org.uy/)

<http://www.panoramio.com/photo/3106140>

<https://maps.google.com.uy/>